

# Mujer y asistencia social en Navarra: «Urgen profesionales del “amor” y se llaman asistentes sociales»

---

Emakumea eta gizarte laguntza Nafarroan: premiazkoak dira maitasunaren profesionalak, eta gizarte laguntzaile deritze

---

Woman and social assistance in Navarra: «Professionals of the “love” urgently call themselves social workers»

Sagrario ANAUT BRAVO  
Universidad Pública de Navarra  
[sanaut@unavarra.es](mailto:sanaut@unavarra.es)

Recepción del original: 27/08/2018. Aceptación provisional: 27/09/2018. Aceptación definitiva: 27/09/2018.

## RESUMEN

Se cuenta con estudios históricos sobre la pobreza y su atención general en España. Menos conocida es la figura de la asistente social/trabajadora social. El objetivo, por ello, será el conocimiento de esta en Navarra, desde la apertura de la Escuela Diocesana de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl de Pamplona (1960). Para ello se ha contado con la documentación del archivo privado de Teresa Celaya y entrevistas a asistentes sociales de la primera promoción. Se ha podido constatar que dejan de ser asistentes domiciliarias voluntarias, dependientes de parroquias, a ser profesionales que van a dar respuesta a las necesidades sociales emergentes de una Navarra y, sobre todo, Pamplona, que se industrializa de forma acelerada en la década de los sesenta.

**Palabras clave:** asistente social; trabajador social; Navarra; visitadora de pobres.

## LABURPENA

Ikerketa historikoak daude Espainiako pobreziaz eta eman zaion erantzun orokorrak. Ez da hain ezaguna, ordea, gizarte laguntzailea/gizarte langilea. Horregatik, helburua izanen da pertsona horiek ezagutzea Nafarroan, Iruñean gizarte laguntzaileen San Vicente de Paúl diozesiar eskola ireki zutenetik (1960). Horretarako, dokumentazio pribatua eta lehen promozioa gizarte laguntzaileei egindako elkarrizketak baliatu dira. Egiaztatu da parrokien mende zeuden etxez etxeko laguntzaile izateari utzi ziotela, eta profesional bihurtu zirela, gizarte premia gero eta handiagoei erantzuteko, XX. mendeko hirurogeiko hamarkadatik industrializatzen hasi zen Nafarroa eta, batez ere, Iruña hartan.

**Gako hitzak:** gizarte laguntzailea; gizarte langilea; Nafarroa; pobreen bisitariak.

## ABSTRACT

There are historical studies about poverty and its general attention in Spain. Less known is the figure of the social assistant/social worker. The objective, therefore, will be the knowledge of this one in Navarra, since the opening of the Diocesan School of Social Assistants San Vicente de Paúl of Pamplona (1960). For this purpose, the documentation of Teresa Celaya's private archive and interviews with social assistants of the first promotion were counted. It has been found that they are no longer voluntary home assistants, dependent on parishes, but professionals who will respond to the emerging social needs of a Navarre and, above all, Pamplona, which is in an industrialized and accelerated way in the 1960s.

**Keywords:** Social worker; Navarra; visitor of the poor.

1. INTRODUCCIÓN. 2. UNA ALTERNATIVA LABORAL PARA MUJERES: DE VISITADORA DOMICILIARIA A ASISTENTE SOCIAL. 3. LAS PRIMERAS ASISTENTES SOCIALES: UNA RESPUESTA NECESARIA A LA INDUSTRIALIZACIÓN EN NAVARRA. 4. CONCLUSIONES. 5. LISTA DE REFERENCIAS.

## 1. INTRODUCCIÓN

La feminización de ciertas tareas en el espacio privado y de ciertas profesiones en el público es una realidad que ha llegado hasta la actualidad. La asistencia social, hoy trabajo social, se enmarca en este contexto, de ahí que siempre haya tenido rostro de mujer. Desde las primeras reformadoras sociales, visitadoras domiciliarias o visitadoras de pobres hasta las asistentes sociales/trabajadoras sociales, ellas han dirigido la atención a las necesidades sociales en el más amplio sentido del término, si bien la propia vulnerabilidad femenina y de su entorno social (menores, jóvenes y personas mayores) ha focalizado su acción.

En un contexto político-económico y social tan inestable como el del siglo XIX, se hará patente un alto nivel de desprotección social y de ineficacia de las actuaciones en los establecimientos benéficos públicos (hospital, manicomio, inclusa, etc.) y en la atención domiciliaria (Raya, Caparrós, Lorente & Anaut, 2017). El predominio de acciones benéficas no sistematizadas, una organización fragmentada de los recursos y un claro déficit de financiación caracterizará la acción social en el siglo XIX y gran parte del XX. Con todo ello resultaba muy difícil atajar las situaciones de pobreza y la conflictividad sociolaboral.

Concepción Arenal, en la segunda mitad del Ochocientos, se hizo eco de estas realidades y de la necesidad de mantener las tradicionales formas de ayuda mutua y las estrategias de supervivencia al margen de las políticas benéfico-asistenciales (Lacalzada, 2012). Propuestas como esta apuntaban al mantenimiento de la doble red de acción social caritativa (ligada a la iglesia) y benéfica (iniciativa pública o filantrópica) decimonónica.

A medida que avanzaba el siglo XIX, médicos, higienistas, reformadores sociales, legisladores, responsables públicos y otros profesionales valorarán, en unos casos, el instinto materno como la cualidad que hacía a una mujer ser paciente, colaboradora y cariñosa (Anaut, Oslé & Urmeneta, 2005). Otros discursos hacían más hincapié en su tradicional rol de cuidadora en todas sus etapas vitales, por lo que su experiencia la capacitaba para proveer de atenciones básicas y, si se facilitaba formación, también atenciones técnicas. Tanto desde un posicionamiento como del otro se justificaba la presencia femenina en dispensarios, escuelas, hospitales, fábricas, asilos y domicilios.

Este panorama confería protagonismo a las mujeres como cuidadoras o como responsables de la atención y acompañamiento directo en tres escenarios: familia, domicilio privado y establecimientos o instituciones públicas y privadas. En cualquiera de ellos, su quehacer respondía al apoyo informal como cuidadora familiar, la práctica del voluntariado confesional o al ejercicio de una actividad cualificada o de una profesión (Anaut & Maurandi, 2010). Su finalidad era lograr la salud del cuerpo y del alma de los individuos y promover, de esta forma, el progreso o desarrollo de una sociedad (Anaut, 2001). El papel de la mujer sobre estas dos realidades fue fundamental.

Los acontecimientos políticos y bélicos nacionales e internacionales de las primeras décadas del Novecientos anunciaban la necesidad de cambios organizativos, metodológicos y conceptuales en materia de asistencia social. Los cambios vendrán gracias a la colaboración de las élites político-económicas, profesionales sanitarios y el desarrollo de iniciativas novedosas como la profesionalización de la atención sanitaria (enfermería en 1915) (Anaut et al., 2005).

El Primer Congreso Católico de Beneficencia Nacional (1929) en Barcelona reunió a la administración pública y a las diferentes iniciativas privadas. A pesar de las diferencias, hubo un acercamiento de posiciones en materia de profesionalización de la acción social de proximidad. Se propone la apertura de una escuela de formación técnica para quienes trabajaban o querían trabajar en obras asistenciales (Escuela de Estudios Sociales para la Mujer), hecho que se producirá en 1932 en Barcelona, aunque por poco tiempo (Riera, 1998, p. 98).

El panorama benéfico-asistencial del primer tercio de la centuria muestra la heterogeneidad de respuestas dadas a las problemáticas sociolaborales y el esfuerzo por generalizar algunas de ellas en toda España (Raya et al., 2017). Ha de reconocerse que no hubo cambios radicales, sino graduales, mediados por una mirada caritativa y humanitaria, aunque fuera especializada. Resulta relevante el protagonismo de las mujeres como beneficiarias de esa atención y, posteriormente, como profesionales de la misma. Es así como hallará su significado el trabajo social como profesión y disciplina del cambio social.

El actual conocimiento sobre las intervenciones públicas en materia social y los debates en torno a estas políticas, así como sobre los mecanismos de respuesta social

frente a la pobreza y la exclusión, y sobre los discursos con una determinada percepción social de la misma están ayudando a rastrear los orígenes de la asistencia social, sus protagonistas, sus instituciones, etc. La producción bibliográfica comenzó a proliferar en la segunda mitad de la década de los ochenta del siglo XX, cuando ya se contaba con un cierto diseño del estado de bienestar en España. La historia social incorpora la historia de la pobreza (Maza, 1987; Gemerek, 1989; Álvarez, 1990; Esteban, 1997; Santolaria, 2010), de las instituciones hospitalarias (Carasa, 1985; Raya et al., 2017), las punitivas y las benéficas (Santolaria, 1997; Carasa, 2010), de la legislación social, laboral y socio-sanitaria (López, 1985; Gutiérrez, 2010), y de la progresiva presencia/intervención de las autoridades político-administrativas en las vidas privadas (Montiel y Porras, 1997).

En la actualidad, por tanto, existen estudios generales, regionales y locales sobre la historia de la asistencia social, del trabajo social, de instituciones benéficas y caritativas, de colectivos específicos como la infancia o la mujer, entre otros. No obstante, queda espacio para la profundización y la investigación sistemática y coordinada. Para avanzar es preciso contar con más estudios locales o regionales sobre estos temas y conocer la profesionalización de las diferentes formas de acción social.

En el caso de Navarra, se ha ido avanzando también con monografías de instituciones asilares como la inclusa (Valverde, 1994; Uribe-Etxebarria, 1996), las misericordias (Oslé, 2000; Anaut, 2001) u hospitales (Ramos, 1989). Asimismo, se cuenta con algunos trabajos sobre profesionales de la intervención (Oslé, 2000; Anaut et al., 2005) y sobre diferentes servicios y programas sociales, como el Servicio Médico de Inspección Escolar (Anaut, 2005). Por tanto, hasta la fecha, la producción científica en Navarra sobre la acción social contemporánea es limitada e inconexa. Una de las razones se halla en la falta de documentación archivística.

Por lo expuesto se deduce que se cuenta con literatura científica sobre la pobreza en general y algunas respuestas puntuales que se fueron dando a nivel local, regional o del conjunto de España. El vacío más importante se centra en quienes realizaron la acción social, en particular, la figura de la asistente social/trabajadora social. La propia profesión ha focalizado su mirada en las figuras punteras anglosajonas, con alguna excepción como la de Concepción Arenal (Raya et al, 2017). Sin embargo, hubo otras muchas mujeres que dedicaron una parte importante de su vida a la asistencia social, pero de ellas apenas se sabe nada.

Una posibilidad es rastrearlas con acercamientos locales, como en el caso de Navarra y su Escuela Diocesana de Asistentes Sociales San Vicente de Paúl de Pamplona (Romero & Anaut, 2016), que abre sus puertas en 1960. Veintinueve mujeres formaron parte de aquella primera promoción. Dejaban de ser asistentes domiciliarias voluntarias, dependientes de parroquias y de Cáritas, a ser profesionales con «un estilo técnico, motivador y eficiente», según se recoge en el artículo del *Diario de Navarra* (1963) que da título a este artículo. La sociedad había cambiado y se demandaban respuestas más ajustadas a esa nueva realidad.

El rastreo del quehacer de estas mujeres al salir de la Escuela no ha resultado sencillo, fundamentalmente, porque no han dejado documentación escrita más allá de alguna comunicación en algún congreso o jornada de asistentes sociales o de servicios sociales. La prensa regional como nacional se hará eco de los avatares por los que pasarán estas profesionales, desde el debate sobre su propio nombre, la adecuación de los contenidos formativos de las escuelas con la realidad social, hasta sus funciones y salidas laborales. Sobre algunos de estos temas versan los limitados fondos históricos del Colegio profesional de Asistentes Sociales/ Trabajadores Sociales de Navarra. Más exigua es la documentación de la citada Escuela (Archivo Histórico de la UPNA).

Ante la escasez documental, se ha optado por otras fuentes. Por un lado, se ha tenido acceso al archivo privado de Teresa Celaya, trabajadora social de la primera promoción de la Escuela. Por otro, se han realizado nueve entrevistas sobre la vida profesional de trabajadoras sociales de esa primera promoción.

El conjunto de fuentes documentales, hemerográficas y orales van a hacer posible conocer la asistencia social desplegada por mujeres profesionales a partir de los años sesenta y setenta en Navarra en diferentes entornos y para diferentes entidades.

## 2. UNA ALTERNATIVA LABORAL PARA MUJERES: DE VISITADORA DOMICILIARIA A ASISTENTE SOCIAL

La política liberal decimonónica potenció y delimitó la familia como ámbito de realización femenina y el hogar como unidad asistencial y de actividad para la mujer (Anaut, 2001). A su vez, la mujer fue considerada el referente de la salud moral y física de la familia y desde esta lo será de la sociedad, por lo que era primordial mejorar su suerte. Un medio será a través del control de sus actos (prostitución, mendicidad, etc.) y otro de la promoción moral y laboral.

De esta forma, será la correa de distribución de valores y hábitos como el ahorro, la previsión, el trabajo, la privacidad o el orden, todos ellos enfocados a evitar o reducir la pobreza, la mendicidad, la enfermedad, los vicios y el desorden. Se contó con el respaldo de la medicina social, pedagogía social y la higiene pública y privada. Los médicos se harán cargo de la formación no reglada de las mujeres de las clases medias y altas en higiene personal, maternología, puericultura y economía doméstica a través de conferencias, folletos o publicaciones breves como las de Juaristi o Húder en Navarra (Anaut, 2001). Una formación que se entendía como instrumento para el progreso, civilización y regeneración social.

Ahora bien, esta estrategia pedagógica requería que las mujeres salieran de la familia y del domicilio propio, que transmitieran a otras mujeres lo aprendido y que potenciaran redes de intervención sobre las diferentes problemáticas sociales y sanitarias detectadas (Duby & Perrot, 1993). Estas y otras acciones promocionales van a potenciar la figura del visitador de pobres y a reformular sus funciones y quehaceres.

C. Arenal escribió que «el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre», sino inspirarle «sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle para buscar alivio» (Lacalzada, 2012, p. 94). Hace especial hincapié en lo formal del visitador, en sus cualidades personales y en la importancia de la observación para obtener información.

Las limitaciones de la acción social de las Juntas de Beneficencia dejaron paso a iniciativas particulares como las de las juntas parroquiales y las Conferencias de San Vicente de Paúl (Anaut & Maurandi, 2010). Entre las iniciativas particulares, se encontraban las promovidas por damas de la nobleza (condesas de Espoz y Mina, Guendulain y Casasola, y vizcondesa de Jorlabán, entre otras) o por la incipiente burguesía (M.<sup>a</sup> Eulalia Vicuña de Riega e Isabel Garbayo, por ejemplo), movidas por un espíritu caritativo o filantrópico. Como en el caso de las visitadoras médicas, sus actuaciones se enmarcaron en el escenario del domicilio y en los establecimientos benéfico-asistenciales, pero enfocando su acción hacia el consuelo, la compañía, la moralización o la entrega de alimentos, ropa o calzado.

Al mismo tiempo, congregaciones religiosas femeninas desplegaron proyectos de atención o socorro a los pobres proporcionando compañía, oraciones, recursos de subsistencia y formación básica (Anaut & Maurandi, 2010). En Navarra estaban presentes: Madres Adoratrices, Madres Oblatas, Hermanas Hospitalarias de San Juan de Dios o Villa Teresita. Tanto seculares como religiosas reproducían la ayuda mujer-mujer. Es decir, ante una problemática compleja, pero específica, de las mujeres, surge un modelo de respuesta feminizada integrada dentro del modelo benéfico-asistencial liderado por la Iglesia (Anaut, 2001).

Habrà que esperar a la aparición de las Escuelas de asistentes sociales de mediados del Novecientos para dar el siguiente paso en la profesionalización de la asistencia social. A este le sucederá, en 1977, el reconocimiento del Cuerpo Nacional de Asistentes Sociales, la supresión de la Sección Femenina y la ratificación del cambio de denominación de asistente social a trabajador social.

### 3. LAS PRIMERAS ASISTENTES SOCIALES: UNA RESPUESTA NECESARIA A LA INDUSTRIALIZACIÓN EN NAVARRA

Durante la primera mitad del siglo XX, Navarra será tierra de emigración, de producción agrícola e incipiente actividad industrial. Su economía era, eminentemente, rural y artesanal y se dirigía al mercado comarcal o regional, siendo Pamplona su centro económico. A partir de los años sesenta el proceso de industrialización se acelera, dando forma a un nuevo contexto socioeconómico. El principal polo de atracción seguirá siendo Pamplona y es allí donde se van a concentrar las problemáticas sociales más agudas, aunque algo similar ocurrirá en Tudela, Tafalla o Estella: faltaban viviendas, escuelas, asistencia social y sanitaria, además de aflorar conflictos sociales y laborales. El éxodo rural de otras regiones de España y de la propia Navarra va a coincidir en el tiempo con la emigración hacia otras regiones más industrializadas

(País Vasco, Cataluña o Madrid) y hacia otros países de Europa y América (Anaut & García, 2013).

Las demandas sociales consecuentes del nuevo marco de relaciones sociolaborales recibieron respuestas, en muchas ocasiones inconexas, desde las parroquias y sus Cáritas, al igual que desde las administraciones públicas. Como relata una de las asistentes sociales entrevistadas, lo que había era:

Gente mayor de las parroquias [...] que tenía dinero. Y ellos se reunían y decidían; decía el párroco qué personas hay aquí que necesiten dinero; pues nosotros vamos a la casa y les damos [...]. ¡Era un paternalismo de tal calibre! [...]. Yo me encontré con eso [...] y tenías que hacerles un poco de caso a las Conferencias de San Vicente Paúl que era lo máximo que había en ese momento (E2).

Viendo las experiencias de otras provincias, resultaba necesario responder a las necesidades emergentes con la renovación de instituciones y el impulso de una nueva profesional, la asistente social. Era visible «la necesidad de preparar profesionales que respondan mejor a estas tareas que ya desbordaban las posibilidades Parroquiales» (Corera, 1985). La apertura de la Escuela diocesana de Asistentes Sociales San Vicente de Paul en el curso 1960-1961 tendrá este objetivo de profesionalizar la acción social. Según Julia Espelosín en su artículo titulado: «Urgen “profesionales” del amor (y se llaman “asistentes sociales”»),

Toda esa Caridad Social (aquel «ayudar a que se ayuden») no es posible lograrlo a base de una reglamentaria visita domiciliaria realizada, sacrificadamente, en los «ratos libres» que permiten la profesión y las atenciones ineludibles del hogar. Resulta imprescindible la persona (técnicamente preparada; y vocacional o profesionalmente consagrada, como un sacerdocio) que colabore con la Jerarquía a imprimir un ritmo ágil, moderno, eficaz y eminentemente social a esa Virtud Sobrenatural de la caridad (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).

La misma autora cuestiona el mantenimiento de unas prácticas tradicionales de acción social que solo han de servir para un pobre también tradicional, cuando el origen de la situación de pobreza es diferente. En sus palabras de crítica a la miseria del trabajador industrial (Gutiérrez, 2010), es posible encontrar el trasfondo de la doctrina social de la Iglesia finisecular y el posicionamiento del Concilio Vaticano II. La injusticia social y un reparto desigual de la riqueza subyacen en el concepto de trabajador pobre; es el resultado de un orden social que, como tal, ha de ser modificado.

A aquellos pobres, de ayer (de los que nos habla Jesucristo) los hizo la naturaleza así: en tanto que estos otros, de hoy (de los que no queremos saber nada) somos los hombres, quiénes, temerariamente, nos empeñamos en que sea así. [...] ¿Por qué quién aporta a la comunidad su esfuerzo creador no ha de recibir, de ella, la garantía mínima de su digna conservación? ¿Por qué, en suma, la absurda paradoja de «que trabajador» resulte sinónimo de mendigo? (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).



El posicionamiento de quienes trabajaban en la Escuela de Pamplona y de la primera promoción de asistentes sociales es beligerante, innovador e, incluso, podría considerarse trasgresor de unas prácticas poco eficaces hasta la fecha.

Aquel «limosneo» tradicional y oxidado (como único medio de ayudar al pobre) está, hoy, superado [...]. Habremos de romper con mucha rutina facilona, vitalizar instituciones y cambiar mentalidades para acompasar el ritmo y el estilo de la Caridad a lo que hoy exigen de nosotros los necesitados: rapidez, eficacia, promoción humana de la persona (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).

Ahora bien, se mueven en un entorno confuso e indefinido por la continuidad de ciertas formas de actuar, la relevancia de los promotores de la acción, la debilidad de las administraciones públicas por falta de políticas sociales, la corta trayectoria profesional, etc. En este sentido se pronunciaba Georges Hahn en el Congreso Internacional de Servicio Social (Santiago de Compostela, 1965) en su conferencia sobre el trabajador social cuando afirma: «Esta persistencia de las antiguas conductas profesionales es debida en gran parte a circunstancias independientes de la voluntad del trabajador social».

A las primeras promociones de asistentes sociales les correspondió la tarea de dar a conocer quiénes eran y cuáles eran sus funciones. Tenían la sensación de «ir rompiendo el hielo» (E2), pero no sorprendía tanto que la sociedad las desconociera como que eso ocurriera entre compañeros de trabajo (E9). Esta situación suponía que quedaban en un segundo plano y que no asumían ni sus funciones ni su responsabilidad profesional.

¿Qué hace una pobre asistente social [...] con los sindicatos, si no tienes nada que hacer? [...]. Es que, al final no teníamos nada, no nos conocía nadie, no teníamos ni Seguridad Social (E2).

Los médicos ni sabían (E3).

Los inicios laborales resultaron duros también porque se confundía con otras trabajadoras o actividades femeninas. Lo más habitual durante varias décadas fue que se las confundiera con la asistente del servicio doméstico (E1), ya que acudían a los domicilios y su nombre era muy similar. Se las confundía, así mismo, con aquellas mujeres que habían hecho el servicio social obligatorio de seis meses (E4), con las que formaban parte de las Conferencias de San Vicente de Paul o con las enviadas por el Auxilio Social. Esta confusión generalizada no se pasó por alto por quienes entendían la relevancia de su labor. En el caso de Navarra, desde la propia Escuela de Asistentes Sociales y desde entidades como Cáritas se hicieron campañas de divulgación en prensa en las que se calificaban, por ejemplo, como «las profesiones del amor», título que no gustó demasiado, ya que lejos de aclarar la profesión, generaba más confusión (E2). La Sección Femenina del Movimiento las definirá como «las “formidables” de la divulgación social» (*Unidad*, 14 de febrero de 1970). En este mismo artículo se indica que las funciones de estas asistentes sociales son: «información general de la situación de cada familia encuadrada, asistencia social y sanitaria de la misma y solución de sus necesidades [...], pero por y, sobre todo, la base esencial de estas divulgadoras es la labor humana».

La falta de reconocimiento social y político en estos primeros pasos no impedía el ejercicio de su labor solucionando problemas de alojamiento, trabajo, escolares, de salud o económicos en los nuevos barrios de Pamplona, Tudela, Estella, Tafalla, Alsasua o el poblado de Potasas. No obstante, se dejó notar el malestar de profesionales y estudiantes de la Escuela, compartiendo este sentimiento con el resto de profesionales de España, tal y como quedó patente en el II Congreso Nacional de Asistentes Sociales (Madrid, 1972):

El malestar entre muchos profesionales del Trabajo Social, con un sentimiento de ineficacia de su labor, lleva constantemente a preguntarse: ¿Quiénes somos? ¿A quién servimos? ¿Para qué servimos?

Los interrogantes que se abren en este Congreso van a tener diferentes respuestas según la fuente de información. En la prensa es posible encontrar voces como las que se reproducen a continuación, en las que se deja constancia del carácter promocional de esta nueva profesión sin atentar contra el orden establecido y manteniendo estrechos lazos con su origen vocacional.

Téngase, ante todo, muy presente que la Asistente Social no decide nada (ello es competencia de la Junta de Cáritas). No distribuye socorro alguno (para ello están los visitantes). No desplaza a nadie (viene a colaborar. Todos a una y todavía sobra tajo). La Asistente Social, es simplemente, cabeza que piensa, corazón que obedece, y manos siempre listas a la acción (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).

Una asistente social debe (tener) Vocación de servicio, que, perfeccionada más tarde por los conocimientos profesionales, le permita atender los delicados problemas que plantean las familias, los menores abandonados o inadaptados desplegando imaginación para idear tratamientos (*ABC*, 11 de octubre de 1970).

Paralelamente, se va construyendo otro discurso, incluso en los mismos medios de comunicación, que apunta hacia la innovación profesional, la reivindicación del cambio en las relaciones socioeconómicas y de una mayor presencia femenina en el espacio público. Los siguientes fragmentos son una muestra:

La Asistente Social (quiero decir: su estilo técnico, innovador y eficiente) resulta, hoy absolutamente imprescindible en el ejercicio de la Caridad: en la Beneficencia Oficial de la Iglesia (Cáritas) y en el seno de la misma Empresa (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).

En efecto, el papel de los A. S. parece empezar a molestar a algunos [...]. Solamente se entiende pensando que tal vez la función del A.S. ya no tiene nada que ver con la tranquilización de conciencias resignadas. Y así no interesa [...]. De la clásica imagen de «mujer-piadosa-arregla-casos» estamos pasando a la búsqueda de la auténtica imagen de lo que puede ser un trabajador social como «agente de cambio» en la sociedad que nos rodea (*Boletín HOAC-Noticias Obreras*, octubre de 1975).

La convivencia de discursos diferentes llevaba a seleccionar aquella definición de asistencia social/trabajo social que mejor se ajustara al posicionamiento o ideología

subyacente. Son numerosas las definiciones que se pueden encontrar, pero en lo que coinciden es en considerarlo una profesión, una técnica, al menos hasta los años noventa del pasado siglo. Una referencia en el período estudiado será la definición de Naciones Unidas (1960) que declara que es una actividad que contribuye «a una adaptación mutua entre los individuos y su medio social, mediante el empleo de técnicas y métodos destinados a que los individuos, grupos y comunidades puedan satisfacer sus necesidades y resolver sus problemas de adaptación a un tipo de sociedad» (Riera, 1998, p. 101). En este sentido se pronuncian dos de las asistentes sociales entrevistadas:

Como era un barrio totalmente obrero [...] Para poder ir a mi despacho las horas más accesibles para ellos era de 6 a 9 de la tarde [...]. Entonces toda la mañana me quedaba en Pamplona para hacer todas las gestiones que me habían demandado (E7).

Había distintas gestiones en colegios y trabajos, sobre todo, de la Seguridad Social [...]. También temas de medicina como pedir informes (E2).

Creo que las trabajadoras sociales tienen que tener la mente abierta; (es) un requisito [...]. Yo siempre decía: escuchar mucho y orientar (E6).

En el II Congreso Nacional de Asistentes Sociales (1972) se presenta una definición bastante consensuada que considera el trabajo social como «ayudar a la persona a desarrollarse mediante sus propios recursos y los de la comunidad», tarea imposible en el caso de España por cuanto su posición es «paternalista, sin ir directamente a la causa de los problemas por lo que se preocupa e intenta atender».

Nosotras íbamos a cada casa que nos llamaban, o que nos requerían, o venían al despacho y entonces lo que hacíamos es ver qué necesidades tienen y ver o inspeccionar cómo lo que estaban diciendo era cierto o no [...] ¡Había que ayudar a la gente de alguna forma! (E2).

Algunos solo pedían una ayuda económica (E3).

A los que iban a solicitar ayuda, les daba una primera respuesta, y enseguida tenías que empezar a hacer un fichero de recursos para ver un poco por dónde andabas (E5).

La Federación Española de Escuelas de la Iglesia y Servicio Social consideraba que era «una acción que tiende a una transformación psicosocial del hombre, en términos de crecimiento promocional y de transformación de las estructuras» (Campo y Celaya, 1981, p. 9). Una asistente social entrevistada materializa esta definición:

Eran casas de la gente más marginal de Pamplona [...]. Les enseñábamos a coser a máquina, a doblar unos pantalones, pero esto era secundario porque también Caritas les ponían máquinas de coser. Todo con el fin de promocionarlas. Además, hacíamos una labor social con ellas: te cuentan su vida, sus historias; intentas agruparlas, formar comunidad de vecinos (E3).

E. Ander-Egg, por su parte, lo entendía como una profesión que «tiene una función de concienciación, movilización y organización del pueblo [...] que signifique el tránsito

de una situación de dominación y marginación, a otra de plena participación» (Campo & Celaya, 1981, p. 8). El Trabajo Social, por tanto, se va a ir construyendo, también en Navarra, como una práctica social dirigida a ayudar a personas, familias, grupos y colectivos en situación de conflicto o necesidad y como una actividad política que tiene la pretensión de modificar las condiciones de vida de los grupos más desfavorecidos de la sociedad. Todo ello con el ideal de conseguir una sociedad más justa, más democrática y más solidaria (Corera, 1985).

En estos inicios de la profesionalización del asistente social, un hito importante será la aplicación del Decreto de 30 de abril de 1964. En él se reglamentan las Escuelas de Asistentes Sociales (oficiales y promovidas por movimientos sociales y la iglesia) y justifica su necesidad en:

la inserción de los individuos en la sociedad da lugar con frecuencia a estados de inadaptación, provocados unas veces por circunstancias particulares del sujeto (instrucción deficiente, enfermedad, hábitos antisociales, emigración a un medio extraño) y consecutivos en otros casos a la especial complejidad de la vida social en sí misma y al ritmo de su evolución [...] han ido perfilando en las modernas sociedades una forma específica de «asistencia social» (Barahona, 2016, p. 28).

Compartiendo el trasfondo, pero con una visión desde el humanismo cristiano se pronuncia Julia Espelosín:

La persona técnica en las relaciones humanas: la Asistente Social. Ante todo devolver al hombre toda su dimensión humana, para sí, para con los demás. Ante todo crear lazos comunitarios donde los hombres, al acercarse entre sí, dialoguen en su lenguaje de hermandad. Después, todo lo demás vendrá (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963).

La Escuela Diocesana de Asistentes Sociales de Pamplona se encargará de dar esa formación técnica «aplicada y, por ello de asimilar los conocimientos básicos –de índole sanitaria y laboral– para moverse, con acierto, por el complejo campo de las relaciones humanas» (*Diario de Navarra*, 9 de agosto de 1963). El perfil de sus estudiantes era heterogéneo, pero responde al «de todas las profesiones de “ayuda” (que) han sido ejercidas por mujeres» (*Mundo Social*, abril de 1970). Las asistentes sociales entrevistadas diferenciaban tres grupos de estudiantes. Por un lado, las religiosas, muy comprometidas con su propia labor social. Un grupo de mujeres de más edad que buscaban completar otras profesiones como la de maestra o enfermera. Por último, el grupo de estudiantes más jóvenes, interesadas en los estudios, pero con menor nivel de compromiso. Ellas mismas reconocen su compromiso social:

Sentí la necesidad también de ser útil [...] de hacer algo, de cultivarme más (E6).

Me pareció una carrera tan bonita que dije yo: ¡fíjate, cómo se puede ayudar a la gente! (E2).

Yo era de las juventudes obreras católicas (E3).

Yo siempre había hecho algo en parroquias (E9).

Su diversidad también se manifiesta en la procedencia socioeconómica de estas mujeres jóvenes. Como afirma una de ellas: «Las había que vivían en Rodezno y yo que vivía en el Mochuelo» (E4). No obstante, parece ser que la mayoría procedía de familias «de clase bien» (E8), incluso algunas «iban con sus amas» (E3) y además eran de Pamplona. Quienes procedían de otras localidades solían recurrir a M.<sup>a</sup> Inmaculada para el Servicio Doméstico, siendo «interna en una casa y por las tardes iba a estudiar» (E7). A pesar de las diferencias existentes, todas ellas coinciden en que sus «padres se permiten el lujo de tenernos y de no querer llevarnos a una fábrica, ni de dependientas» (E3). Este perfil coincide con la afirmación en el II Congreso Nacional de Asistentes Sociales (1972) de que tanto la promoción de la profesionalización como las propias profesionales tenía su origen fuera de los sectores sociales que demandaban la intervención o asistencia social, de ahí su paternalismo.

Coincidiendo en el tiempo con el reconocimiento oficial de la formación como asistente social, en 1964 se pone en marcha en Navarra el programa de promoción industrial que tendrá como resultado que Navarra sea la segunda provincia en España en tasas de inmigración, solo superada por Madrid (Corera, 1985). De ahí que, las primeras promociones de asistentes sociales: «Antes de terminar, ya me habían contratado» (E5).

Los cambios socioeconómicos se sucederán y confluirán con los políticos, generando ajustes importes en el quehacer del trabajo social. Un importante hito en este marco serán las III Jornadas Nacionales de Asistentes Sociales (Pamplona, 1977) por cuanto van a centrar la profesión y las funciones del profesional:

El campo de intervención profesional: Acción Social; su objeto, las necesidades sociales en su relación con los recursos aplicables a las mismas; su objetivo, el Bienestar Social; su marco operativo, los servicios sociales (Heras y Cortajarena, 1979).

En esas mismas jornadas se presenta una de las primeras estadísticas sobre los trabajadores sociales en España en 1976, año en el que funcionaban treinta y tres escuelas de asistentes sociales con un total de 2984 estudiantes, siendo el 96 % mujeres. En cuanto a los puestos de trabajo y la entidad para la que trabajaban: 29,1 % para entidades privadas (sobresalen las empresas y Cáritas por ese orden); 28,8 % para varios ministerios; 21,2 % para administraciones locales; 15,3 % para entidades paraestatales como INP o mutualidades; y el 5,5 % para asociaciones diversas. Este reparto permite que el 78 % de asistentes sociales tenga un contrato fijo. En cuanto al ámbito de intervención, se distribuye en cuatro: 22,7 % ámbito sanitario; 16,8 % asistencia social en la comunidad; 14,1 % ámbito de marginados», entre los que también están las personas con discapacidad y emigrantes; y 6,5 % ámbito escolar.

Un informe similar se realizó por iniciativa del Colegio de Trabajadores Sociales y Asistentes Sociales de Navarra para 1980. Como se puede observar, el incremento de las contrataciones en dos décadas fue muy significativo al pasar de 55 a 80 asistentes sociales (tabla 1). El mayor nivel de contratación va a variar según la década y así en los sesenta destacan las empresas (63,6 %) que apenas si modifican sus plantillas en los setenta (41,3 %), creciendo la contratación en las administraciones locales (diputación y ayuntamientos) que pasan del 16,4 % de las contrataciones al 43,7 % en la década

de los setenta y primeros ochenta. La razón de este cambio está en que en los inicios de los ochenta se va a constituir el nuevo estado de bienestar en España, donde el sistema de servicios sociales va a ser un pilar más. Para el caso de Navarra, este sistema tendrá forma ya en 1983, cuando se aprueba su primera Ley de servicios sociales.

Los primeros puestos de trabajo estarán en Cáritas en 1963. Como reconoce Corera serán «cuatro Asistentes Sociales y los situó en Parroquias de los Barrios de Pamplona con el ánimo de contribuir a solucionar la enorme problemática que iba aflorando en el cinturón de Pamplona por la avalancha de familias procedentes fundamentalmente de Andalucía, Extremadura, Asturias y León» (1985). Su trabajo consistirá en crear lazos entre los recién llegados al barrio y su parroquia, acercándose a la comunidad con el fin de atender los problemas y las necesidades que pudieran surgir, además de realizar las labores de gestión humana. Sus principales funciones serán la de estudiar, investigar y planificar como «base de la estrategia pastoral eficiente», además de detectar los factores que «determinan la pobreza de cada familia necesitada»; inspirar satisfaciendo las necesidades individuales, grupales o comunitarias de quien solicite la ayuda parroquial y realizar «todo de acuerdo con la Junta y cualquier gestión (verbal o escrita) que precise el necesitado» (Corera, 1985).

Tabla 1. Asistentes sociales/Trabajadoras sociales según la entidad contratante

	Entidad	Profesionales
<b>Años Sesenta</b>		
Ministerio de Trabajo	Instituto Nacional de Previsión	2
	Servicio de Rehabilitación de Minusválidos. SEREM	2
	Organización Sindical	1
	Mutualismo Laboral	1
	ONCE	1
	Asociación Nacional de Inválidos Civiles. ANIC	1
Ministerio de Justicia	Tribunal Tutelar de Menores	2
Ministerio de Sanidad	Instituto Provincial de Higiene	1
Diputación Provincial	Hospital Provincial-Maternidad	6
	Hospital Psiquiátrico	2
	Prisión Provincial	1
Ayuntamiento de Pamplona	Beneficencia Municipal	
ANFAS	Asociación Nacional Familiares y Amigos Subnormales	1
ASME	ASME-Medicina de empresa	1
Caja de Ahorros	Centro de Subnormales Isterria	2
Cáritas	Cáritas	11
Casa de Misericordia	Casa de Misericordia de Pamplona	3
Varias empresa		9
Centros educativos		2
Igualatorio Médico	Igualatorio Médico	2
OSCUS	OSCUS (ocio y cultura)	1
SMEDA	SMEDA (asistencia psiquiátrica)	3
	<b>Total</b>	<b>55</b>

	Entidad	Profesionales
<b>Años Setenta y 1980</b>		
Ministerio Gobernación	Asistencia Social	2
Ministerio de Justicia	Junta de Protección de Menores	1
Ministerio de Sanidad	Residencias	1
INSERSO	Minusválidos	4
INSALUD	Delegación Territorial de Sanidad	3
INSALUD	ONCE	1
Diputación Provincial	Hospital Provincial-Maternidad	5
Diputación Provincial	Hospital Psiquiátrico	5
	Servicios de Minusválidos	1
	Servicios de Ancianos	7
	Servicios de Infancia y Juventud	3
	Servicios de Toxicomanías	3
	Reinserción Social	1
Ayuntamientos	Servicios Personal de Pamplona y Burlada	4
	Patronato Municipal de Guarderías. Pamplona y Burlada	6
ANFAS	Asociación Nacional Familiares y Amigos Subnormales	4
Caja de Ahorros	Centro de Subnormales Isterria	2
Caja de Ahorros	Obras sociales	2
ARGIBIDE	Asistencia psiquiátrica	3
ASPACE	Asociación de Parálisis Cerebral	1
ASME		1
ASPAU	Asociación de Padres de niños autistas	1
Cáritas		7
Casa de Misericordia		3
Centros Educativos		1
Varias empresas		8
	<b>Total</b>	<b>80</b>

Fuente: Campo & Celaya (1981, pp. 107-108).

En 1964 será la Diputación de Navarra la que contrate a una asistente social para el Hospital Psiquiátrico y en diciembre Potasas de Navarra contratará otras dos. A partir de este momento los contratos irán llegando desde las administraciones públicas, entidades sociales y empresas (tabla 1).

Una de las funciones compartidas al margen de la entidad empleadora era la realización de gestiones administrativas e informes: «A lo mejor eran informes para la Diputación o para el Ministerio o para colegios; era una gama de informes que dependían de a dónde los cursabas» (E3). Otras tareas relatadas eran la preparación de talleres o cursos para menores que habían abandonado los estudios para poder buscarles después un empleo (E7), o la elaboración de la historia clínica «y cada profesional tenía una hoja de color distinto para diferenciar: la nuestra era rosa» (E6).

Cualquiera que fuera su función o entidad de trabajo, se avanzará en las décadas de los sesenta y setenta en definir el binomio necesidades-recursos sociales como el campo de intervención del trabajo social y los recursos sociales como los instrumentos del asistente social para tratar las necesidades sociales (Heras & Cortajarena, 1979).

#### 4. CONCLUSIONES

El origen de las asistentes sociales en Navarra se encuentra en los mismos referentes que en el resto de España: visitadores de pobres y visitadoras domiciliarias. En ambos casos predominaban las mujeres por el carácter no remunerado de la mayoría de sus actividades y por nacer de una vocación personal de ayuda al prójimo. En el caso de Navarra, el paso a la profesionalización de estas visitadoras lo dará el obispado, a petición de sus parroquias, ante la presión inmigratoria en las localidades que se industrializaban.

Abre la Escuela Diocesana de Asistentes Sociales de Pamplona en 1960 y con ella se inicia el proceso de profesionalización de la intervención social. Se pretende dar respuestas técnicas a unas problemáticas no resueltas desde los entornos laborales, sanitarios y educativos. Su presencia en Cáritas, en empresas con grandes plantillas de trabajadores y en diferentes espacios públicos le dará visibilidad, aunque habrá que esperar a la Transición y su diseño de Estado de Bienestar para que haya un reconocimiento real de su trabajo y su formación como trabajadores sociales.

#### 5. LISTA DE REFERENCIAS

- Álvarez Junco, J. (coord.). (1990). *Historia de la acción social pública en España. Beneficencia y previsión*. Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social.
- Anaut Bravo, S. (2001). *Luces y sombras de una ciudad. Los límites del reformismo social y del higienismo en Pamplona*. Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona, Universidad Pública de Navarra.
- Anaut Bravo, S. (2005). *La dependencia obligada. La trampa de la protección en la vida cotidiana de las mujeres de Pamplona en el siglo XX*. Pamplona: Concejalía de la Mujer del Ayuntamiento de Pamplona.
- Anaut Bravo, S. & García Quiroga, M. B. (2013). *La colectividad de origen navarro en Argentina. Los centros navarros como espacio de encuentro*. Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- Anaut Bravo, S. & Maurandi, R. (2010). Hacia la profesionalización del trabajo social. Una profesión con rostro de mujer. En A. Gutiérrez Resa (coord.), *Orígenes y desarrollo del trabajo social* (pp. 213-247). Madrid: Ediciones Académicas-UNED.
- Anaut Bravo, S., Oslé Guerendiáin, C. & Urmeneta Marín, A. (2005). *De profesión, cuidadora. La profesionalización femenina de la asistencia sociosanitaria en la Pamplona del siglo XX*. Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona.



- Barahona Gomariz, M. J. (2016). *El trabajo social: una disciplina y profesión a la luz de la historia*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Campo Antoñanzas, M. A. & Celaya Salcedo, T. (coord.). (1981). *Los trabajadores sociales-asistentes sociales y el futuro de Navarra. Estudio* (documento interno). Pamplona: Escuela de Asistentes Sociales «San Vicente de Paul».
- Carasa Soto, P. (1985). *El sistema hospitalario español en el siglo XIX. De la asistencia benéfica al modelo sanitario actual*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Carasa Soto, P. (2010). De la caridad a la beneficencia. En A. Gutiérrez Resa (coord.), *Orígenes y desarrollo del trabajo social* (pp. 97-148). Madrid: Ediciones Académicas-UNED.
- Corera Oroz, C. (1985). *Material docente para Trabajo Social I* (documento de trabajo). Pamplona: Universidad Pública de Navarra.
- Duby, G. & Perrot, M. (dir.). (1993). *Historia de las mujeres en Occidente* (vol. 4). Madrid: Ed. Taurus.
- Esteban de Vega, M. (ed.). (1997). Pobreza, beneficencia y política social. *Revista Ayer*, 25.
- Gemerek, B. (1989). *La piedad y la horca. Historia de la miseria y la caridad en Europa*. Madrid: Alianza Universal.
- Gutiérrez Resa, A. (coord.). (2010). *Orígenes y desarrollo del trabajo social*. Madrid: Ediciones Académicas-UNED.
- Lacalzada de Mateo, M. J. (2012). *Concepción Arenal: mentalidad y proyección social*. Zaragoza: Prensas Universitarias.
- Las Heras Pinilla, M. P. & Cortajarena, E. (1979). *Introducción al bienestar social*. Madrid: Universidad Pontificia Comillas.
- López Alonso, C. (coord.). (1985). *Cuatro siglos de acción social. De la beneficencia al bienestar social*. Madrid: Ed. Siglo XXI.
- Maza Zorrilla, E. (1987). *Pobreza y asistencia social en España. Siglos XVI al XIX*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Montiel, L. & Porrás, I. (1997). *De la responsabilidad individual a la culpabilización de la víctima*. Aranjuez: Doce Calles.
- Oslé Guerendiáin, C. (2000). *Historia y pedagogía de la beneficencia en Navarra. La Casa de Misericordia de Pamplona y su labor pedagógica (1706-1890)*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Raya, E., Caparrós, N., Lorente, B. & Anaut, S. (2017). *Ciencia y esencia en la práctica del trabajo social*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Ramos Martínez, J. (1989). *La salud pública y el Hospital General de Pamplona en el Antiguo Régimen (1700-1815)*. Pamplona: Gobierno de Navarra.
- Riera Romani, J. (1998). *Concepto, formación y profesionalización de: el educador social, el trabajador social y el pedagogo social. Un enfoque interdisciplinar e interprofesional*. Valencia: Nau Llibres.
- Romero Torres, I. & Anaut Bravo, S. (2016). De la escuela a la universidad: recorrido hacia la madurez y el reconocimiento del trabajo social en Navarra. En D. Carbonero, E. Raya, N. Caparrós & C. Gimeno (2016), *Respuestas transdisciplinares en una sociedad global. Aportaciones desde el trabajo social*. Logroño: Universidad de La Rioja.

- Santolaria, F. (1997). *Marginación y educación. Historia de la educación social en la España moderna y contemporánea*. Barcelona: Ed. Ariel Educación.
- Santolaria, F. (2010). La pobreza, el pobre y la caridad en el mundo medieval y moderno. En A. Gutiérrez Resa (coord.). *Orígenes y desarrollo del trabajo social* (pp. 55-96). Madrid: Ediciones Académicas-UNED.
- Uribe-Etxebarria Flores, A. (1996). *Marginalidad protegida: mujeres y niños abandonados en Navarra (1890-1930)*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.
- Valverde Lamfus, L. (1994). *Entre el deshonor y la miseria. Infancia abandonada en Guipúzcoa y Navarra, siglos XVIII y XIX*. Bilbao: Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.